



## XV

### Los regalos.

**A**MIGAS mías, pueden ustedes hacerme un favor? Me corre prisa; se trata de arreglar las mangas de una chaqueta mía.

—¿No será como todo lo de París? ¿No será un arreglo demasiado complicado?

—Aunque lo sea, encárguense de ello; son ustedes tan dispuestas que sabrán salir del paso.

Y nos engolfamos ellas y yo en una conversación que hubiera hecho aguzar el oído á las vecinas, si las señoritas Caille las hubieran tenido. Pero todo el mundo sabe que viven en la última casita de la aldea, la cual casita tiene una puerta á la calle y dos ventanas que dan, la de la izquierda á un campo y la de la derecha á un jardín. Nadie nos escuchaba, no, ni siquiera la madre, que estaba lavando junto al pozo y cuya paleta sonaba acompasadamente, con un ruido sordo y familiar que el eco devolvía apagándolo. Las dos hermanas—por costumbre siguen todos llamándolas señoritas, aunque la mayor está casada,—María, que tiene

más de treinta años y Josefina, que cuenta pocos menos, estaban sentadas en medio de la sala embaldosada y triste que les sirve de obrador. Tenían mucha costura. No habían dejado de trabajar; pero de cuando en cuando interrumpían la costura y se erguían, unas veces una y otras otra, ya para descansar ó para sonreír, ó para mirarme por cortesía, al responderme, porque yo permanecía de pie junto á la ventana. Entonces veía sus ojos juveniles, sus párpados entornados para poder soportar la luz del sol, y el amplio movimiento de su pecho que se dilataba, se llenaba de aire y se estremecía todo. Ya no recuerdo de qué hablábamos; muchas veces las palabras sólo tienen el valor de una caricia y dicen sencillamente: «Somos un parloteo amistoso y nada más; se está muy bien aquí.» Esto lo comprendían tan bien las señoritas Caille que al cabo de diez minutos la mayor se puso seria repentinamente, bajó la voz y suspiró:

—Señorita, no me atreví á decirselo á usted la última vez que vino; pero ahora sí me atrevo; tengo un disgusto muy grande.

—Yo también—dijo la segunda—y por la misma causa.

Tuve una sospecha, la confieso, y este comienzo de confianza, me recordó otras en extremo lamentables; pero me equivocaba. Lo comprendí casi inmediatamente; no habían bajado los ojos.

—De mi disgusto tienen la culpa *Los misterios de la aristocracia*.

—Y del mío, los *Amores alegres*, añadió Josefina.

—¡Setenta y siete entregas, señorita!

—¡Y la mía, señorita, tiene sesenta y nueve! ¡Y siempre son dobles!

Y añadieron al mismo tiempo:

—¡Le parece á usted! ¡Dos pobres costureras como nosotras! ¡Ah, hemos hecho una tontería!

Las interrogué. Las hermanas Caille se habían suscrito á dos novelas ilustradas «por los más ilustres maestros», y que publicaba «la librería más grande del mundo», en París. Eran *Los misterios de la aristocracia* y *Amores alegres*, dos novelas que habían escogido en una larga lista de obras maestras para uso de los pobres. La vida aristocrática había agradado á la mayor; los amores con el epíteto de «alegres» entusiasmaron á la segunda, á quien un obrero del pueblo cortejaba en aquella época. Una entrega por semana, una entrega que costaba setenta y cinco céntimos!... No era un gasto muy grande. Por tan poco dinero se reírían mucho, tendrían la lectura, las láminas y las ilusiones que después quedan. ¿Quién se resistía?

—Y además, señorita, vino expresamente de París una señora para hacernos firmar; estuvo en casa más de una hora. Estaba tan bien vestida y hablaba tan de prisa que mi hermana y yo estábamos aturdidas y á todo decíamos que sí. Nos prometió unos regalos.

—Á mí un espejo—dijo Josefina.

—Y á mí un juguetero—agregó María.—Solamente que el regalo no lo dan hasta que vayan publicadas

cincuenta entregas, y para eso hay que enviar veinte francos si se quiere tener derecho al regalo... ¡Ah, señorita, con qué gusto renunciaría á ello si pudiese deshacer el trato!... No es nada agradable empezar la vida de casada teniendo que pagar un franco cincuenta céntimos semanales. Todavía no se lo he confesado á mi novio.

—Ni yo á mi marido, señorita. Desde que leo los *Misterios de la aristocracia*, tengo que inventar una porción de mentiras, cuando me pida cuentas. ¡Cuánto daría por no tener que hacerlo! ¡Si pudiese usted sacarnos de este apuro á mi hermana y á mí!

Empezamos las tres á hacer cuentas, inclinadas sobre la mesa en el cajón de la cual guardaban las entregas «dobles», los prospectos de la casa editorial más fuerte del mundo y los contratos también dobles, ¡ay y debidamente firmados. Cada una de ellas había desembolsado ya cincuenta y cuatro francos. Pero aquello no era ni la mitad de la cantidad adeudada. Por los *Misterios* y el regalo á que tenía derecho, debía María 135 francos y 50 céntimos y Josefina había de abonar 123 francos 50 céntimos por los *Amores alegres*. Sabían la cantidad que debían, pero cuando la vieron escrita por mí en un pedazo de papel, se echaron á llorar. Yo me enternecí al verlas y me marché, descontenta de mí misma por no haber sabido encontrar el remedio, ó la frase de esperanza, ó el consejo que se me pedía.

Al volver á mi casa, reflexioné. ¿Qué sería conve-

niente hacer? ¿Acudir al procurador de la República, denunciar ese comercio del cual son víctimas todos los habitantes de los pueblos? Pero todas las precauciones están tomadas, todo es perfectamente legal. ¿Sería necesario, por lo menos, reclamar con indignación, procurar intimidar al editor, decirle lo que pienso de sus novelones populares á cien francos el ejemplar, de su texto, de sus grabados en madera y de sus regalos? Pero ello sólo hubiera servido para aumentar su colección de autógrafos. Todo esto se le había dicho ya, y María y Josefina habían gastado seis sellos para expresarle su opinión en seis cartas distintas, y en un lenguaje cuya claridad no atenuaba ninguna gala retórica. Iba á ceder á este primer impulso, cuando me vino á las mientes un recuerdo, una frase, la divisa de un abogado del Sena, que decía: «El último recurso contra un adversario es hacer un elocuente llamamiento á la virtud de que principalmente carezca. Lo difícil es acertar.» ¿Qué virtud invocaría yo? Durante un instante permanecí perpleja. Descarté la justicia, por las imágenes que la palabra puede evocar; descarté el honor por parecerme un poco vago, y me decidí por la sensibilidad. Me dirigí al buen corazón de la casa editorial más fuerte del mundo, en la persona de su gerente. Hablé de la apurada situación de mis amigas, de lo que se arrepentían de haber firmado el contrato, de su deseo de no seguir recibiendo la lujosa publicación, de la confianza que ellas y yo teníamos en la equidad de la casa. Incluí un sello para la con-

testación, escribí con una letra muy clara el nombre del castillo de mi hermana, y eché la carta en el buzón.

Ni aún las casas más formales contestan á vuelta de correo cuando es para pedirles un favor para lo que se les molesta. La casa editorial más fuerte del mundo me hizo esperar tres semanas.

Una mañana, á fines de Diciembre, el cartero me entregó un sobre de papel grueso, en el que hallé cinco líneas escritas con una letra muy bonita y firmadas con un nombre ininteligible.

Empecé á saltar de alegría en cuanto leí la carta y me encaminé apresuradamente hacia la aldea. Mientras andaba por los rastrojos ví que la juventud y la alegría son una misma cosa. Corría sin experimentar el menor cansancio y todo lo veía de color de rosa. El plieguecillo de papel que había ocultado en mi seno me daba ánimos. Parecíame que aún era una niña, y que llevaba en la mano un regalo para una de mis hermanas: «Toma, mira lo que te traigo.» Los tres sauces del pueblecillo se balanceaban como plumeros. Las mujeres que me encontré en el camino, sonreían al verme, como si adivinasen lo que me pasaba. En mí residía un poder creador que embellecía cuanto me rodeaba.

Cuando entré en casa de las hermanas Caille, María, en zuecos y con las faldas remangadas, barría el taller.

—Llame usted á su hermana—le dije.—Ya me han contestado.

Como puse una cara muy grave, María creyó que

había malas noticias. Dió cinco ó seis pasos, lentamente, levantando acompasadamente su escoba como si fuese un bastón, y deteniéndose en el umbral de la habitación contigua llamó á su hermana con un movimiento brusco de la cabeza que inclinó sobre uno de los hombros. Josefina apareció inmediatamente, se apoyó en el quicio de la puerta, me vió, comprendió lo que ocurría y se puso seria á su vez.

Yo saqué la carta del sobre y comencé á leer:

«Muy señora nuestra: En contestación á su grata del cinco del corriente, tenemos el gusto de manifestarle que en los contratos no hay cláusula alguna que permita su anulación...»

Las dos hermanas pusieron una cara muy triste. Yo continué:

«Sin embargo, teniendo en cuenta las razones que usted nos expone, consentimos gustosos en considerar libres de su compromiso á las señoritas Caille.»

Oí un grito: «¡Eh! ¡madre!» Pero, no sé quién lo lanzó: las dos costureras se echaron al mismo tiempo en mis brazos y, como si de pronto me hubiese convertido yo en la hermana mayor, me besaban, me daban las gracias, me hacían mil preguntas y se disputaban la carta: «¿Pero es posible?... ¿Conque ya no debemos nada?... ¡Oh, señorita, cuánto me alegro! ¡Yo, por mi marido!... ¡Y yo, por mi novio!...»

Fué un instante de incoherencia, de deliciosa intimidad.

Con la llegada de la madre terminó todo. La tía

Caille, bajita, arrugadita, secándose las manos en el delantal por el hábito contraído en su oficio de lavandera, decía, desde el otro extremo de la sala:

—Ya sabía yo que hoy recibiríamos una buena noticia. No podía ser de otro modo. ¿Te acuerdas, María, de que no has podido dormir en toda la noche? ¿En qué pensabas?

—En nada.

—Era que la noticia estaba en camino. Y tú, Josefina, ¿no es verdad que cuando saliste esta mañana al jardín había más de diez pájaros en los haces de leña; te veían, te seguían y no te dejaban ni á sol ni á sombra?

Pero la hija, que no quería parecer supersticiosa, y que es lista, replicó mirándome:

—¡El regalo más bonito es el de encontrarnos sin deber un cuarto!



## XVI

### Un solterón.

ENTRE los solterones que he conocido, jamás he hallado lo que he visto en tantas solteronas: la vocación. Para ellos el celibato, más bien que una situación agradable, es una aventura que se prolonga ó una rebelión que se afirma. En estos casos hay algo de cisma; hay algo de insumisión, no á las mujeres, no señor, sino á una ley que, según ellos, no admite excepciones venturosas sino tratándose de santas. Ellos pretenden lo contrario, pero su mal humor revela su error.

Cuando yo era jovencita y viajaba con mis padres por Bretaña ó por Vendée, en donde las granjas son verdaderas islas rodeadas de inmensos sembrados y ciudades gobernadas por un solo jefe, he visto muchas veces al lado del amo, hombres de cuarenta ó cincuenta años, unciendo ó desunciendo los bueyes, arando ó yendo á un mercado á vender una burra con su cría. Estos hombres, se interesaban por la casa más de lo que suelen interesarse los criados, y saludaban como si fuesen

personas de la familia del amo. Me informé. Eran hijos, ó hermanos que no habían querido casarse para que la granja no cayese en manos mercenarias, y para que contase con buenos braceros, unidos todos por los lazos de un próximo parentesco, con un solo hogar y una sola mujer para que cuidara de la olla, del corral, de la despensa y de la mesa. Tenían fama, en general, de ser algo taciturnos, pero honradotes, económicos, más aficionados á cazar en vedado que los mismos guardas, y habilísimos, como todo el que no tiene preocupaciones, tanto para componer la lanza de una carreta como para hacer un cesto, ó para apalear un nogal ó para caminar silbando delante de los bueyes. Formaban parte de un conjunto y de una obra maestra mucho más hermosa que las más hermosas obras de arte: la familia aldeana en los países creyentes.

El papel de los hombres de la buena sociedad que no se casan, no está tan bien definido. El hogar paterno rara vez los retiene, y no les ofrece más que un refugio «sin obligación ni sanción», como dirían los filósofos. Se les acepta, se les tolera, aunque mejor sería decir: «se les soporta.» Pueden crearse deberes, si no los tienen, pero todo el mundo sabe que los deberes que se crean tienen poca importancia y duran poco. El papel de Antígono es un papel propio para la mujer. El de padre adoptivo y protector de huérfanos lo desempeñan, generalmente, hombres cargados de hijos. Sólo el matrimonio y la virginidad son capaces de adoptar.

Lionel, mi vecino en la Beauce, no ha adoptado á nadie. Le conozco desde muy niña y hasta me tuteó mientras no llevé las faldas largas. Hemos sido siempre muy buenos amigos; jamás deja de aprovechar toda ocasión que se presente para asegurármelo. Cuenta diez años más que yo, por lo cual ya tiene derecho á peinar canas. Ha preferido lucir una hermosísima calva rodeada de un cerquillo de cabellos casi negros. Sus facciones son nobles y regulares, sus ojos profundos, su barba larga y cuadrada, como la de un príncipe asirio, y su talle conserva aún la esbeltez necesaria para que las damas de edad proveccta puedan decir cuando se sienta al piano: «¡Ese muchado toca con un sentimiento!... ¿No le parece á usted lo mismo?» Su existencia ha sido admirada por muchas personas, y hasta por él mismo, puesto que siempre pudo disponerla á su antojo. Durante quince años no hubo cazador que se divirtiese tanto como él; no invitaba á nadie con el pretexto de que en sus tierras había poca caza; pero á él le invitaba todo el mundo, porque era joven, buen ginete, excelente tirador y de un carácter muy alegre, lo mismo antes de sentarse á la mesa que al acabar de comer, ya hiciese sol, ya lloviese á cántaros. Sus compañeros le tenían por artista porque era capaz de ilustrar la lista de una comida; y le creían sabio, por las alusiones que hacía algunas veces á la literatura clásica. Debo añadir, para no ser injusta, que Lionel se hacía perdonar en parte la inutilidad de su vida, por su carácter servicial. Los aldeanos se acer-

caban á hablarle con entera libertad, le hacían una porción de encargos para París, como si hubiese sido su diputado; y muchas veces, fiados en el título de Licenciado en Derecho, que el bueno de Lionel había conquistado pacíficamente, hasta le pedían consejo. Él daba el consejo con aplomo y la limosna con modestia. Esta fué la época de los triunfos. Todas las muchachas casaderas le inscribían en sus listas. «¡Ah!—me decía—he tenido entrevistas de todas clases, preparadas, improvisadas, embarazosas, graciosísimas, borrascosas... He visto desfilar infinidad de muchachas guapas y de muchachas ricas, hasta tal punto, que sólo los floreros con que adornan los altares en las misas de velaciones pueden envanecerse de haber visto tantas. Solamente que los floreros no oyen decir más que *sí*, en tanto que para mí todo concluía siempre con un *no*.» Y Lionel añadía con fatuidad: «Siempre era yo quien pronunciaba el *no*.» No se jactaba de ello, y creo que en aquella época, entre los veinticinco y los cuarenta años, si no hizo lo que se llama una buena boda, fué porque se lo impidió su atolondramiento.

La vejez llegó como llega siempre, solapadamente, como un consumado profesor de *jiu-jiksu*, dirigiendo sus golpes á las sienas que blanquean, al pecho que jadea, á los pies que se hinchan. El apuesto Lionel comprendió que envejecía, y al mismo tiempo se sintió dominado por invencible timidez. Él, que en las cacerías saltaba todos los obstáculos, empezó á dar rodeos, cuando no le veían, para evitar las cercas y las zanjas.

Él, que tantas veces se había negado á «estudiar,» como le suplicaban, un proyecto de matrimonio, admitía «en principio» las proposiciones cada vez más raras que se le hacían, y perdía tanto tiempo en hacer objeciones, en pedir informes y prórrogas, que siempre acababan por decirle *no* antes de que él hubiese tenido tiempo de contestar *sí*. Tenía miedo. Contaban á propósito de él, historias sentimentales completamente falsas, que él dejaba correr, como una explicación halagüeña de sus vacilaciones. Aún me parece estar oyendo el diálogo de dos damas, en un salón de la calle de Monceau. Lionel acababa de cantar, con su hermosa voz de bajo, las melodías húngaras cuyo monopolio conserva con un celo extremado.

—¡Admirable! Ha debido inspirar grandes pasiones.

—Sí, y no se ha casado.

—¿Algún desengaño?

—Sí.

—Alguna mujer de la aristocracia, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Es rico?

—Muy rico.

En aquel momento, Lionel, á quien aplaudieron mucho, se levantó y dijo con indiferencia: «A veces las hemos acompañado con dos pianos, y así resultan preciosas.» Una de las damas—lo comprendí por el movimiento de los labios—estuvo á punto de preguntar: «¿Quién tocaba el otro piano?» Pero, se contentó con murmurar, lo bastante alto para que se la

oyera, lo bastante bajo para que pareciese que hacia una confidencia:

—¡Qué hermoso es el sacrificarse de este modo por una pasión contrariada!

Ahora bien; yo conocía perfectamente á la persona que tocaba el otro piano, como que era yo misma. El año anterior habíamos intentado tocar el acompañamiento él en un clavicordio y yo en un piano que hay en el campo, en casa de mi hermana.

El segundo período terminó hace ya algunos años. Es casi seguro que mi vecino morirá soltero, lo mismo que yo. Pero, ¿por qué habla tan mal del matrimonio si no lo conoce? Caza menos; pasa largas temporadas en París; le invitan más que nunca; es un hombre en torno del cual gustan de agruparse los demás hombres y que en un rincón, á media voz, cuenta la vida y milagros de todos los presentes. Cuenta todo lo que es verdad y lo que no lo es, sobre todo lo que no lo es, sin establecer diferencia; no pertenece á la Escuela de Chartes. Los que se divierten con sus historietas, se alejan de él diciendo: «Este Lionel es un mal hombre.» Yo estoy segura de lo contrario. Es un hombre que está arrepentido de lo hecho y que se venga, en los casados, del error que libremente cometió no haciendo lo que ellos.

No puede tolerar que citen delante de él á un matrimonio dichoso. ¿Un viudo dichoso? sí, seguramente; ¿un solterón feliz? puede ser; ¡pero un casado feliz! vamos, eso es imposible! «No he conocido nin-

guno», afirma Lionel, y está resuelto á no conocerlo jamás.

Hace poco, su *chauffeur* le llevó á la alcaldía del pueblo. Lionel no es concejal, y se contenta con el título de primer contribuyente. El *chauffeur* esperaba al «amo»; estaba cómodamente sentado, resguardado del viento por la capota del automóvil, por la gorra rusa del uniforme, por la zamarra de piel de cabra cuyo sedoso pelo gris hacía brillar un rayo de sol que se filtraba por entre la niebla, y su rostro juvenil, sonrosado y redondo como una hortensia, buscaba de una ventana á otra, por toda la plaza, un objeto cualquiera que pudiera distraer la atención de un *chauffeur*. Lo encontró. Junto á la escuela de niños, en la esquina de la plaza, había una casita de un solo piso, una ventana, un jarro de cristal con una cebolla de jacinto coronada por cinco tallos verdes, y detrás de esta promesa de flor, el busto de una mujer que estaba leyendo. De cuando en cuando dejaba de leer, y miraba también, pensando en que la tarde era deliciosa y en que en un pueblo en el que no se mueve ni una hoja, no hay nada que llame tanto la atención como un automóvil parado.

Cuando Lionel salió de la alcaldía, veinte minutos después, se encontró á su *chauffeur* charlando con la maestra auxiliar.

—¡Qué fastidio, hasta esta tarde no recibirá el informe del recaudador; tendré que volver!

Volvió antes de ponerse el sol. La plaza de la igle-



sia aparecía aún bañada en una luz dorada, tal vez por el reflejo de la arena, ó por el resplandor del sol, ó acaso por ese polvillo impalpable que deja el trigo en las piedras de las casas de la Beauce. La auxiliar se encontraba también en la ventana. Estaba sola. Aquella mañana le dijo á la directora, que se parecía al retrato de la mujer de Rubens, excepto en el sombrero, naturalmente:

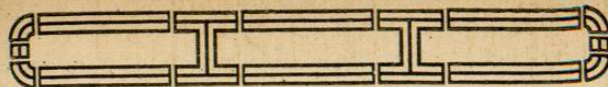
—Clementina, usted es mucho más guapa que yo. Si la ve á usted, no me querrá! ¡No se asome usted cuando vuelva!

Clementina no sólo era una muchacha guapa; comprendió é hizo lo que le pedía su auxiliar. Asomándose una y ocultándose la otra, consiguieron, como ya supondrán mis lectores que se enamorase el *chauffeur*.

Cuando éste anunció ayer á Lionel su próximo matrimonio, tenía por seguro que su amo le aumentaría el salario, porque la boda de un *chauffeur* aumenta nuestras probabilidades de alcanzar una larga vida. Nada de eso. Lionel se echó á reír desdeñosamente, y le dijo:

—Muchacho, yo no acostumbro á autorizar las tonterías; en la escuela no había más que una mujer guapa, y se casa usted con la otra.

Estuvo todo el día de mal humor. Él mismo acaba de confesármelo. Sin embargo, á él, ¿qué le importaba? Y este último rasgo me ha demostrado que, ni de muchacho, ni de hombre ya maduro, ni de viejo, tuvo jamás mi vecino vocación de solterón.



## XVII

### La señora Canterein.

Todo el mundo admira ciertas manos y yo sé de algunas que son dignas de admiración. Estas manos no son ni las más blancas ni las más finas: han trabajado, han acunado á los niños, han cosido, han planchado, han hecho calceta, han adornado sombreros, han remendado calzones y compuesto gorras de chiquillos, han hecho, cuanto era necesario hacer durante los días interminables, y están arrugadas y picadas por la aguja. Son manos que nadie besa, pero que tiene derecho á bendecir.

La señora Canterein no había vuelto á Paris desde la época en que, siendo aún muy joven y bonita, según parece, hizo su viaje de novios con el señor Canterein. ¡Cuántos días han transcurrido desde entonces, cuántas pruebas soportadas ó temidas! Estaba ya viuda cuando la conocí; vivía muy cerca de la catedral de